



BOLETIN OFICIAL

DEL

OBISPADO DE SALAMANCA

Las reclamaciones se harán, en el preciso término de un mes, a la Dirección del BOLETÍN ECLESIASTICO, calle de la Rua, 59.

NOS EL DR. D. JULIÁN DE DIEGO Y GARCÍA ALCOLEA,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA,
OBISPO DE SALAMANCA, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA ORDEN
DEL MÉRITO MILITAR CON DISTINTIVO BLANCO, ETC., ETC.

Al venerable Deán y Cabildo de nuestra Santa Iglesia Catedral, a los Arciprestes, Párrocos y sacerdotes del Clero secular, a los religiosos de uno y otro sexo y a los fieles todos de nuestra diócesis.

Salud en Nuestro Señor Jesucristo

Cincuenta años hace que al ver la Iglesia agitada por extraordinarias tribulaciones, el Romano Pontífice entonces reinante invocó de una manera especial y solemne la protección del glorioso Patriarca San José, declarándolo Patrono de la Iglesia Universal y excitando a todos los fieles del

Orbe Católico a implorar de Dios por la intercesión de San José el remedio de sus necesidades espirituales.

Al cumplirse el período jubilar de aquella fecha memorable, Benedicto XV, siguiendo el ejemplo de su antecesor Pío IX, se dirige a los católicos esparcidos en los diversos países del Mundo para que redoblen sus oraciones y acudan con fervientes instancias a la poderosa mediación del Gran Patrono de la Iglesia. La voz angustiada del Romano Pontífice señala esa conspiración universal que ha llegado, a consecuencia de la infausta guerra comenzada en 1914, y que no podemos decir esté totalmente terminada, a revestir caracteres tan alarmantes, que hacen temer en breve plazo la destrucción de la familia, de la religión y de todo el orden establecido en las naciones civilizadas, si Dios no interpone su poderoso auxilio en nuestro favor.

Obedeciendo estos mandatos del Romano Pontífice os hemos exhortado a celebrar este año con más fervor los cultos que ordinariamente se tributan a San José durante el mes de Marzo, a recibir devotamente la Sagrada Comunión en los siete domingos precedentes a la fiesta que conmemora el Patrocinio del glorioso Esposo de la Sma. Virgen María y a solemnizar de un modo especial el día de esta conmemoración o el domingo de su Infraoctava.

Mas no solamente hemos de dirigir fervientes súplicas al cielo; la sociedad actual necesita para su regeneración de una acción sabia y prudente inspirada en las normas de la doctrina de Cristo Nuestro Señor, la cual no sólo se nos manifiesta por medio de las palabras divinas contenidas en el Evangelio e interpretadas por la Iglesia Católica, sino también por la significación de cada uno de los personajes que acompañaron al Divino Maestro en las diversas épocas de su vida mortal y que los Evangelistas, por inspiración del Espíritu Santo, dejaron consignada muy claramente en las páginas de los libros sagrados. El presentar a vuestra consideración alguna de las circunstancias que caracterizaron la vida de San José y deducir de ellas enseñanzas prácticas

que creemos han de ser de grande utilidad para vosotros, será el fin de esta exhortación pastoral.

Dios nos ha concedido una posesión de las cosas del mundo que habitamos subordinada siempre a su supremo dominio para que ellas nos enseñen a conocerle y el uso debido y razonable de las mismas nos ayude a servirle. Sin embargo, nuestra naturaleza caída y viciada por el pecado, con demasiada frecuencia nos hace ver solamente en los bienes terrenos lo que tienen de cómodo y apetecible a los sentidos y nos mueve a cerrar los ojos a lo que tienen de útil para nuestra salvación. De aquí que sea una de las verdades más claramente consignadas en el Evangelio la dificultad de hacer buen uso de los bienes y riquezas de la tierra y el obstáculo que por tal motivo suelen ofrecer para la salvación de los que han sido dotados de gran abundancia de tales bienes.

«¡Oh cuán difícilmente los acaudalados entrarán el reino de Dios!» dice Nuestro Señor Jesucristo a sus apóstoles (1) y viendo que éstos le miraban asombrados, el Señor aumenta el rigor de sus primeras frases añadiendo: «¡Ah hijitos míos, cuán difícil es que los que ponen su confianza en las riquezas entren en el reino de Dios! Más fácil es que pase un camello por el ojo de una aguja que entre un rico en el reino de Dios» (2). Estas palabras no quieren decir que esté vedado a los hombres poseer las riquezas, sino que el corazón humano solicitado por dos bienes, de los que uno es sensible y está presente, y el otro es sobrenatural y ha de gozarse en la vida futura, se inclina casi siempre al primero, y dejándose arrastrar por el amor a los bienes sensibles y terrenos, pierde el goce de los espirituales y suprasensibles. Así

(1) Marc. X, 23.

(2) Marc. X, 24, 25.

lo demostró el suceso que ocasionó estas palabras del Redentor. Acercósele un joven que, movido por la gracia divina, deseaba asegurar su salvación. «Una cosa te falta, le dijo el Señor, vende cuanto tienes y dalo a los pobres, ¡que así tendrás un tesoro en el cielo, y ven después y sígueme» (1). El joven se marchó entristecido sin escuchar el llamamiento del Divino Maestro, porque tenía muchas riquezas y estaba su corazón apegado a ellas.

En el sermón de la montaña, cuando Nuestro Señor Jesucristo dió a conocer los mandatos y consejos de la nueva doctrina que venía a enseñar a los hombres, comenzó por aquellas palabras: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos» (2).

De poco servirían, sin embargo, estas enseñanzas si el Divino Maestro no hubiese unido a las palabras, no sólo el ejemplo propio, sino el de todos aquellos que le acompañaron en su vida mortal o de alguna manera participaron con El en la obra de la predicación y difusión del Evangelio. Uno de los que más nos demuestran el amor de Cristo a la humildad, a la pobreza y al menosprecio de todas las grandezas humanas, es el Patriarca San José, en el que vemos reunida la más alta dignidad que puede concederse a un hombre y la más profunda humildad. San José, como Jefe de la Sagrada Familia, pudo con justo derecho ejercer su autoridad de tal sobre el Hijo de Dios en cuanto hombre, y a pesar de eso, vivió tan alejado de las pompas de la tierra, que su nombre es desconocido de las mismas generaciones coetáneas y aun aquellos pocos que por razón de convivir con él en el pequeño lugar de Nazaret le conocían, ignoraban de tal manera los dones sobrenaturales de que Dios le había adornado que, según nos dice el Evangelio, nada veían en su persona que le elevase y enalteciese sobre los

(1) Marc. X, 21.

(2) Matth. v. 3.

demás hombres. Cuando Felipe de Betsaida, ciudad situada no lejos de Nazaret, dice a Natanael: «Hemos encontrado a aquel de quien escribió Moisés en la Ley y al que anunciaron los Profetas, a Jesús de Nazaret, hijo de José», Natanael responde: «¿Acaso de Nazaret puede salir cosa buena?» (1).

Al entrar Jesús en Nazaret, como aquellos que habían convivido con él durante los años de su juventud le oyesen enseñar en las sinagogas con palabras de infinita sabiduría, maravillábanse y decían llenos de asombro: «¿De dónde le ha venido a éste tal sabiduría y tales milagros? ¿Por ventura no es el hijo del carpintero?» (2).

La Sagrada Escritura nos presenta la persona de San José, rodeada de un nimbo de sencillez encantadora y de profunda humildad que constituyen el signo característico de su eminente santidad y nos dan la medida de su extraordinaria grandeza. José, el varón *justo*; el único mortal que puede alegar derechos de superioridad sobre la Reina de los ángeles y de los hombres y sobre el mismo Cristo Nuestro Señor en cuanto hombre, como Jefe de la Sagrada Familia, se esconde en una suave penumbra y desaparece de las narraciones evangélicas, antes de que el Redentor del mundo dé a conocer a los hombres su divina misión.

Mientras los cristianos, siguiendo los ejemplos y enseñanzas de Jesucristo, vivieron alejados de la afición a las pompas y vanidades del mundo, no fué necesario enaltecer de una manera especial el gran modelo de desprendimiento y menosprecio de honores y grandezas terrenas que San José nos ofrece, mas a medida que en el corazón de los fieles fué enfriándose el fervor primitivo y los esplendores de una civilización brillante y fastuosa deslumbraron las inteligencias y tornaron hacia la tierra las miradas que se eleva-

(1) Joann. I, 45, 46.

(2) Math. XIII, 55.

ban a los cielos, la Iglesia ha invocado con más fervor cada día, la protección del glorioso Patriarca y en la edad contemporánea lo ha proclamado Patrono universal de la congregación de fieles cristianos, y supremo modelo de imitación para todos los que quieran ajustar su conducta a la doctrina de Cristo Nuestro Señor.

La predicción de Jesucristo se ha cumplido, y habiéndose aumentado al correr de los tiempos las riquezas, los regalos y comodidades de la vida, parecen resonar más lejanas las palabras del sermón de la montaña: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos». La realidad demuestra cuán grande obstáculo son las riquezas para que el corazón humano apetezca los bienes supraterrénos y para que el entendimiento se eleve a Dios. El mayor número de los ricos, de los dichosos, según el mundo confirman con su manera de proceder la terrible sentencia del Divino Maestro: «Difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos. Y aún os digo más, es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja que entrar un rico en el reino de los cielos» (1).

Las ambiciones, las concupiscencias, la sed de riquezas, han agostado la inteligencia y el corazón de los hombres, hasta el punto de que la característica de la sociedad contemporánea es una desconsoladora carencia de ideales generosos y elevados que son el distintivo de las almas grandes en las que han arraigado los sentimientos cristianos, sentimientos fundados en las sublimes enseñanzas de Cristo, que siendo rico quiso hacerse pobre, siendo dichoso quiso padecer, y siendo eterno, por un milagro de su omnipotencia encontró el medio de morir para enriquecernos con bienes de incomparable valor, para hacernos participantes de inefables delicias, para alcanzarnos una vida inmortal y gloriosa.

Al desvanecerse en el horizonte de la vida moderna los

(1) Math. XIX, 23, 24.

altos pensamientos que la fe inspira, se ha extinguido la caridad que para existir necesita del sacrificio y de la abnegación incompatibles con todo sentimiento egoísta y mezquino, y han surgido los rencores y los odios que parecen la cualidad característica de la sociedad contemporánea. Estos rencores inextinguibles han convertido la última guerra en la más espantosa hecatombe que recuerda la humanidad y son causa de que aun después de proclamada oficialmente la paz, una lucha sorda e inacabable separe unas naciones de otras y haga casi imposible la vida, aun en las que han podido atribuírse las glorias del triunfo, porque al estruendo de las armas han sucedido los horrores de la lucha social que extiende sus estragos a todos los países que constituyen el mundo civilizado.

* * *

En estas circunstancias tan críticas para toda la humanidad la Santa Iglesia nos excita a dirigir nuestra mirada sobre aquella tranquila casa de Nazaret, que nos ofrece el remedio único para los males que amenazan cubrir de lágrimas y ruinas a todas las naciones. La humilde casa de Galilea encierra dentro de sus muros grandezas superiores a cuantas han existido jamás en el mundo, y sin embargo no es posible encontrar otra más humilde, más apartada de las humanas ambiciones. En ella habita la majestad del Verbo humanado, la pureza sin mancilla de la Virgen Santísima y el varón justo por excelencia José, servidor siempre fiel, abnegado hasta el sacrificio y cuyo corazón y cuya voluntad estuvieron constantemente subordinados a la voluntad divina.

En lo que los sagrados Evangelistas nos manifiestan de la vida del Santo Patriarca encontramos la condenación de las insensatas codicias de los hombres y el ejemplo más brillante de las virtudes que han de salvar la agitada sociedad contemporánea.

La raíz de las más hondas turbulencias que perturban al

mundo en nuestros días es una desmesurada codicia de riquezas. Esta desmesurada codicia ha desatado guerras espantosas y devastadoras en que se disputaba la posesión de las fuentes de riqueza o la hegemonía comercial en el mundo y continúa provocando rivalidades y rencores que traerán como consecuencia, en plazo más o menos lejano, luchas no menos formidables que las pasadas. San José es el modelo del más completo menosprecio de los bienes terrenos hasta el punto de que siendo el Jefe de la Sagrada Familia de la que formaba parte Cristo Nuestro Señor, que además de ser hombre era Dios, por el que fueron creadas todas las cosas (1) y que era por tanto dueño y señor de todas ellas, se sometió humildemente a la mayor pobreza. Era un humilde artesano y no poseía riquezas de ninguna clase.

Otro motivo de luchas y rencores arraigados y profundos es el amor a las vanas grandezas de la tierra. El hombre de nuestros días está dominado por la soberbia, aspira a imponer su voluntad sobre los demás y a elevarse por encima de cuanto está a su alrededor. Cada día que pasa es la modestia virtud más difícil de hallar y es mayor el ímpetu con que se desean y apetecen ansiosamente las distinciones, los honores, los puestos elevados y los aplausos de las muchedumbres, aun a costa de las propias convicciones. San José, estando dotado de todas las virtudes hasta el punto de ser llamado por los Evangelistas varón justo (2) que equivale a decir perfecto, se sometió a vivir oscurecido y desdeñado y teniendo derecho a ser obedecido por el mismo Jesucristo, Dios y hombre, pasó su vida obedeciendo a todos y ocupando el último lugar. Un emperador pagano manda a sus súbditos que emprendan largos viajes y San José obedece sumisamente, llega a Belén, Dios permite que ni él ni su santísima esposa encuentren aposento ni aun de

(1) Joann. 1, 3.

(2) Math. 1, 19.

los incómodos, en que se albergaban los caminantes de más humilde posición, y se resigna a cobijarse en una cueva o portal impropio para habitación de seres racionales, vive desconocido sin que ni su regia estirpe ni sus altísimas virtudes sean causa de que sus coetáneos le rindan homenaje ni le concedan la más leve distinción, y San José, no sólo acepta sin protesta estos inmerecidos abatimientos, sino que voluntariamente se humilla y oscurece como si fuese el último de los hombres. ¿Puede darse mayor menosprecio de las grandezas y pompas mundanas?

Agrava notablemente las luchas sociales el olvido de los eternos destinos del hombre. Las modernas escuelas socialistas niegan toda verdad que se eleva sobre los estrechos horizontes del mundo material y, considerando a los hombres como bestias perfeccionadas, quieren que a semejanza de los demás animales busquen la satisfacción de todas sus aspiraciones dentro del círculo que señala la vida presente. Efecto de este error fundamental es considerar la fuerza material como única fuente de derecho, la violencia como medio natural de propaganda y la dictadura del más fuerte como la más perfecta de las organizaciones sociales.

Ciertamente tales doctrinas son de todo punto incompatibles con las enseñanzas de Jesucristo y no pueden ser profesadas abiertamente por quien conserve algún resto de fe cristiana, pero de tal suerte flotan en el ambiente las ideas malsanas, que aun entre los que han recibido la luz del Evangelio se ve una apasionada afición a los bienes y comodidades terrenas y gran indiferencia respecto a todo lo que se eleva fuera de los horizontes de la vida sensual y transitoria. ¡Cuán frecuente es que muchos cristianos, aun de aquellos que no han caído en la incredulidad, abandonen el cumplimiento de sus deberes religiosos como si fuesen de escasa o de ninguna importancia! En cambio todos los días vemos el vivísimo interés con que se buscan los bienes de la tierra, cuántas privaciones y molestias se imponen

los hombres por lograrlos y con cuanto furor se disputan los hombres su posesión.

El ejemplo del Patriarca San José es la condenación más categórica y terminante de estos malos cristianos. La vida del Esposo de la Virgen María y Padre nutricio de Jesucristo, escondida en lo interior de la casita de Nazaret, consagrada totalmente al servicio de Dios, abnegada hasta el punto de sacrificarlo todo sin reserva alguna a los designios de la Providencia Divina, nos muestra cuál debe ser la nuestra empleada en servir a Dios teniendo nuestro ánimo muy lejos de considerar como fin último lo que es tan sólo medio para merecer, mediante el buen uso de ello, la eterna bienaventuranza, cuya posesión debe ser el único objeto de nuestros anhelos.

* * *

Los motivos anteriormente manifestados muestran bien a las claras la conveniencia de que los pueblos cristianos vuelvan sus ojos al glorioso Patriarca San José, no sólo para invocar su protección sobre la Iglesia, sino para imitar las grandes virtudes de que nos da ejemplo, mas otra clase de consideraciones manifiesta con mayor evidencia la alta sabiduría con que el Romano Pontífice nos excita a profesar una devoción profunda al Santo Patrono de la Iglesia Universal.

A nadie se oculta que sobre todos los problemas que agitan la sociedad en los tiempos presentes el más pavoroso, el que por su importancia y las dificultades que ofrece para hallarle debida solución, hace palidecer a los demás, es el que hemos convenido en denominar problema social, bajo la cual denominación se conoce la lucha entablada entre las diversas clases que constituyen la sociedad y el violento impulso de las muchedumbres de obreros manuales que por razón de ser los más, intentan imponer su dictadura sobre los que no lo son. Pues bien: San José nos muestra

lo que debe ser un obrero y cómo puede santificar el trabajo de sus manos, de tal suerte, que merezca las más altas recompensas del cielo.

Dios Nuestro Señor quiso dignificar el trabajo manual disponiendo que estuviese sometido a él hasta la edad de 30 años su Unigénito Hijo y que fuese el único medio con que pudo atender a la propia subsistencia y a la de la Sagrada Familia el Jefe de ella, San José. Ninguno que haya recibido la luz del Evangelio podrá menospreciar el trabajo del artesano que fué elevado a tan grande honor. La infinita sabiduría y omnipotencia del Altísimo no encontró vida más honrosa que regalar a los que ama, que la del artesano. Si en los pobres, en los humildes, en los necesitados, en los que sufren, debemos ver la imagen de Jesucristo Redentor, inmolado por la salvación de los hombres, en el trabajador manual, en el artesano debemos ver la representación de aquellos a quienes Dios quiso honrar sobre todas las humanas grandezas.

Mas al mismo tiempo que en San José debemos ver al varón justo, honrado por Dios, es preciso que veamos en él al humilde obrero, al que supo santificar el trabajo de sus manos y sin salir de un ignorado y oscuro taller, logró alcanzar un altísimo puesto en el cielo.

San José, aceptando con el mayor acatamiento a la voluntad divina el humilde puesto social que la Providencia le asignó, menospreciando los bienes de la tierra y procurando alcanzar los del cielo, cumpliendo bien y exactamente sus deberes como aquel varón justo y fiel de que hace mención el Evangelio (1), al que su Señor confía la guarda y custodia de su familia, es una voz de lo alto que con sobrehumana elocuencia dice a los obreros de nuestros días: ¿Por qué os afanáis inútilmente en buscar sobre la tierra una felicidad que sólo puede encontrarse en el cielo? ¿Por qué os dejáis arrastrar del egoísmo feroz que cubre hoy la

(1) Luc. XII, 42.

tierra de sangre y lágrimas y hace crecer en vuestro corazón la planta venenosa del odio? ¿Por qué lucháis con furor unos contra otros y todos los días sucumben víctimas sacrificadas por el acero fratricida? ¿Por qué olvidáis a Cristo que durante muchos años quiso ser un obrero como vosotros y aceptó la muerte para procuraros la posesión de bienes eternos, y tornáis vuestra mirada a los falsos y engañosos guías que pretenden escalar los altos puestos de la sociedad, sirviéndose de vosotros como de plataforma que eleve y engrandezca su exigua personalidad? ¿Quién entre los hombres, después de Jesucristo Nuestro Señor, ha sido elevado a tan alta grandeza como el humilde obrero de Nazaret? Para subir a ella le bastó dirigir a Dios el trabajo de sus manos. El Santo Patriarca es hoy aclamado y reverenciado por millones de creyentes y su gloria no es la gloria efímera del caudillo ensalzado un día por las muchedumbres y hundido al día siguiente en el olvido para no levantarse jamás.

* * *

Oigamos, amadísimos hijos, la voz del Romano Pontífice y elevemos nuestras súplicas al Esposo de la Virgen María. Su poder es grande y su intercesión es eficacísima. Confiemos que a pesar de los grandes errores e ingratitudes de las sociedades modernas, el patrocinio de San José alcanzará de Cristo Señor Nuestro misericordia y perdón. Sobre todo, imitemos sus grandes ejemplos de humildad, de mansedumbre, de menosprecio de los bienes materiales y de amor a los celestiales. Pidamos a San José que nos alcance de Dios el don de la caridad, de que tan necesitado está el mundo, para que como discípulos verdaderos del Divino Maestro nos amemos los unos a los otros sinceramente y desechando lejos de nosotros todo sentimiento de odio y de venganza, seamos hermanos que se aman tiernamente, se consuelan en sus penas y se auxilian en sus desgracias.

Esperamos que Dios Nuestro Señor oirá nuestras plegarias y os concederá, venerables hermanos y carísimos hijos, su santa gracia, en prenda de la cual os damos nuestra pastoral bendición en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

En nuestro Palacio de Salamanca, a 8 de Abril de 1921.

† JULIAN, Obispo de Salamanca.



Por mandado de S. E. I.

el Obispo mi Señor

DR. AGUSTÍN PARRADO,

Arcediano-Secretario.

Esta exhortación pastoral será leída a los fieles, como de costumbre, en todas las parroquias, y además en aquellas iglesias en que lo estimaren conveniente los sacerdotes encargados de las mismas.

REAL CARTA DE RUEGO Y ENCARGO

Del Excmo. Sr. Ministro de Gracia y Justicia hemos recibido la siguiente Real Carta de Ruego y Encargo:

“ **EL REY** ”

Muy Reverendos en Cristo, Padres Arzobispos, Reverendos Obispos, Administradores Apostólicos, Vicarios Capitulares de las iglesias de esta Monarquía y Vicario general Castrense:

El alevoso atentado de que ha sido víctima la persona del Presidente de Mi Consejo de Ministros, Don Eduardo Dato e Iradier, a quien tan insignes servicios deben la Patria, la Monarquía y las Instituciones fundamentales del país, llena Mi ánimo de la más profunda tristeza, como llenará el de la Nación toda, unida en sentimiento general de dolor y de unánime y ardorosa protesta ante el crimen que ha privado a España de uno de sus hijos más esclarecidos.

Deber de todos es llorar su pérdida y honrar su memoria; pero también lo es elevar a Dios nuestro corazón y pedirle acoja en su seno el alma del ilustre finado: y a este fin;

Por la presente, os Ruego y Encargo que dispongáis los públicos sufragios de costumbre en todas las Iglesias Catedrales, Colegiatas y Parroquias de vuestras respectivas diócesis, pidiendo al Todopoderoso por el eterno descanso de tan preclaro servidor de la Patria y de la Monarquía.

En ello Me serviréis, y del recibo de la presente, y de lo que en su vista resolváis, daréis cuenta a Mi Ministro de Gracia y Justicia.

Dada en Palacio a primero de Abril de mil novecientos veintiuno.—YO EL REY.—El Ministro de Gracia y Justicia, *Vicente de Piniés*.

Al Reverendo Obispo de Salamanca,

A fin de dar cumplimiento a los piadosos deseos de S. M. el Rey (q. D. g.), disponemos por medio de la presente, que en nuestra S. I. B. Catedral y demás iglesias del Obispado, se celebren con el expresado fin los sufragios públicos de costumbre.

Salamanca, 6 de Abril de 1921.

† EL OBISPO DE SALAMANCA.

DISCURSO DE SU SANTIDAD

a los encargados de la predicación cuaresmal en Roma.

Bella es la denominación de “hombres de Dios,” que a los predicadores corresponde: “tu autem, homo Dei,” (1 ad Timoth., VI, 11); sublime es asimismo el oficio de “evangelistas,” que los predicadores han de cumplir: “opus fac evangelistae,” (II ad Timoth., IV, 5). Mas ¿cuál es el fin a que deben dirigirse? He aquí una pregunta de no leve importancia. Porque, a la manera que quien lleva un nombre ilustre, siéntese aguijoneado, aun por el simple recuerdo de tal nombre, a conformar sus acciones con la rancia nobleza y con la distinción de la familia cuyo miembro es, así el predicador el constarle que es su nombre propio el de “hombre de Dios,” nada debe ejecutar que pueda desacreditarlo en la condición de tal. E igualmente, como un

artista trabaja con perfección tanto mayor cuanto mejor conoce y aprecia la excelencia de la obra a él confiada, así el predicador se distingue por un celo tanto más intenso cuanto más alto es su aprecio hacia el "opus evangelistae," en el cual consiste todo su ministerio. Parece, sin embargo, que de la consideración del fin que a sí mismo se propone, el predicador debiera sacar un estímulo, para el bien obrar, más fuerte que el suministrado por el recuerdo de su nombre y de su oficio. Sí, en efecto, entre los motivos que mueven al hombre a la operación, son más eficaces los intrínsecos, ¿podrá negarse que el pensamiento del fin, como algo del espíritu del predicador, ha de ser para él un estímulo más potente que el del nombre, venido al fin y al cabo del exterior, o el del oficio, cuya naturaleza no ha sido por él mismo determinada?

No pretendemos con todo quitar su valor a las exhortaciones y a los anhelos que, en los dos años anteriores, Nós mismo manifestamos a los padres cuaresmeros de Roma, al tomar como tema apropiado las frases del Apóstol: "tu autem homo Dei," "opus fac evangelistae." Al contrario, creemos que aquellas exhortaciones pueden adquirir nueva fuerza y los estímulos ser más eficaces, si los predicadores hoy reunidos en Nuestra presencia, no satisfechos con recordar la significación de su nombre y la naturaleza de su oficio, atienden a la importancia del fin que, al abrazar el ministerio de la predicación sagrada, se han propuesto a sí mismos. "*In omnibus respice finem*," es aforismo de la sabiduría antigua; y Nos sonríe la esperanza de poder presentar una confirmación nueva de la utilidad de este viejo y áureo aforismo.

En la categoría de los fines, así como en la de los agentes, hay un orden establecido, pues en una y en otra, el que tiene carácter de "principal," ha de ser preferido al "secundario." No faltan, por otra parte,

criterios que nos iluminan para entender el orden puesto en la serie de los fines a que el hombre tiende. Entre estos criterios tiene la primacía aquel por el cual un fin pretendido por el hombre aparece tanto más excelente cuanto más se aproxima a un fin que Dios se propone. De donde es fácil inferir el valor de cualquier obra dirigida por el hombre a la gloria de Dios, puesto que el fin de tal obra se identifica con el del mismo Dios, quien afirma que para su gloria ha hecho todas las cosas "et annuntiabunt gloriam meam gentibus," Isaías, LXVI, 19). No obstante, no pretendemos deducir de aquí el aprecio del fin a que debe mirar el predicador. Puesto que, al distinguirlo del fin de cada uno de los cristianos, los cuales han de obrar por la gloria de su Eterno Hacedor, creemos que la excelencia del fin hacia el cual el predicador ha de dirigirse, más que de su aproximación al fin del Dios Creador, puede y debe inferirse de la continuación del fin del Dios Redentor.

En efecto, el Verbo de Dios hecho carne dijo abiertamente de Sí, que vino al mundo para que los hombres tuviesen la vida, y la tuviesen abundante: "Ego veni ut vitam habeant, et abundantius habeant," (San Joan., X, 10). La vida a que se refería el Divino Maestro en la indicada lección de San Juan era evidentemente la del espíritu. Pero la vida del espíritu consiste en inquirir y conocer la verdad, en conocer y amar el bien. He aquí por qué el mismo Divino Maestro se dirigía a su Eterno Padre diciéndole: "haec est vita aeterna ut cognoscant te solum Deum verum et quem missisti Iesum Christum," (S. Joan, XVII, 3); el conocimiento del Padre debía mostrárnoslo como Señor de la ciencia y autor de todo consuelo, "scientiarum dominus," y "auctora totius consolationis," al paso que el conocimiento de su Divino Hijo debía mostrárnoslo "plenum gratiae et veritatis," (S. Joan, I). Por ahora

baste señalar la claridad de esta luz de verdad y el ardor de esta llama de caridad, en que consiste precisamente la vida del espíritu según el influjo que desciende de lo alto.

¿Y no se propone acaso el predicador difundir esta misma luz y dilatar aquella llama? Siempre que sube al púlpito, pide la bendición para poder anunciar dignamente el santo Evangelio: “ut digne... annuntiem evangelium suum,” y la buena nueva, significada por el Evangelio, fué cabalmente la verdad que ahuyentó las tinieblas del paganismo, y la ley del amor que sucedió al imperio de la fuerza bruta en la tiranía de la barbarie. ¡Oh! con cuánta razón decirse puede que el fin que tiene ante sus ojos el predicador, es continuación del fin propio del Dios Redentor! Yo he venido, decía Jesucristo, a fin de que los hombres tengan la vida, y la tengan abundante. Así también los predicadores pueden decir: “nosotros aspiramos a dar a los hombres la vida del espíritu, y para darla con mayor abundancia, en determinadas épocas del año, entre las cuales alcanza la primacía la de la Cuaresma, nos preparamos para hacer brillar más y más de día en día la luz de la verdad evangélica, y facilitar universalmente la práctica del bien,”. No está, pues, lejos de la verdad, antes al contrario expresa el verdadero fin al cual ha de tender el predicador, quien pone en sus labios las palabras mismas con que Jesús declaraba el objeto de su misión acá abajo “veni ut vitam habeant, et abundantius habeant,”.

Juzgamos supérfluo recordar que, no obstante la semejanza entre el fin que se proponía Jesucristo y el que se propone el predicador, hay una distancia infinita entre la obra de uno y de otro, ya que mientras Dios Redentor dió la vida a los hombres, iluminando sus inteligencias y santificando sus corazones *con virtut propria*, los predicadores, en cambio, pueden llevar

a cabo ambas operaciones sólo *en virtud del ministerio* a ellos conferido en nombre del mismo Señor Nuestro Jesucristo. Pero, aun reconociendo—como no pueden menos de reconocer todos—esta enorme diferencia entre la obra de un hombre y la de un Dios, es, sin embargo, cierto que en el fin al cual mira el predicador, debemos reconocer una excelencia soberana, resultante de su aproximación al fin del Divino Redentor. Reconózcanla en especial aquellos a quienes toca en suerte llevar a efecto una obra de tanta importancia como la de dar la vida del espíritu a los prójimos. Esta es la primera aplicación a nuestro caso del adagio antiguo: *in omnibus respice finem*. No sin motivo el Divino Salvador, al anunciar el fin de su venida al mundo, recordó de antemano que se habían presentado muchos mercenarios como custodios del rebaño que simbolizaba el humano linaje, pero no eran en realidad otra cosa que ladrones y asesinos: “omnes quotquot venerunt fures et latrones,” (ibid). Se puede decir que a ellos aplicaba Jesús la terrible sentencia: “fur non venit nisi ut furetur, et mactet et perdat,” porque a un campo de desolación y muerte quería contraponer el jardín de la vida verdadera, que iba a abrir a sus fieles seguidores. Como en un cuadro las tintas oscuras del contorno contribuyen a hacer resaltar la blancura y la belleza de las figuras que campean en el fondo, así las sombras de muerte, acumuladas en la tierra de la idolatría y del paganismo, habían de servir para abrillantar mejor las doctrinas evangélicas, y la vida nueva que traía el Mesías sería tanto más estimada, cuanto la experiencia fuese confirmando más que “fur non venit nisi ut furetur, et mactet et perdat.”

Mas ¡ay! cómo se parece a un campo de muerte la sociedad contemporánea, envuelta por las tinieblas de espantosa ignorancia y cubierta por las sombras de

culpas horribles! Tened, por tanto, en alta estima vuestra misión, oh hijos muy queridos que habéis abrazado el ministerio de la predicación sagrada, pues por medio de ésta sois los continuadores de la obra de Dios. En el orden natural, los padres son cooperadores de Dios para la conservación del género humano. Empero, ¡cuán escasos en número son los padres que consideran su oficio natural bajo el prisma de un concurso a la obra de Dios, conservador del mundo! Y también vosotros, oh amados párrocos, también vosotros, oradores sagrados, sois por el pueblo fiel saludados con el nombre de padres, pues el pueblo llama "*padre cura*," o "*padre predicador*," respectivamente, al párroco y al cuaresmero, aun cuando ni uno ni otro pertenezcan al clero regular. Ello significa que el lenguaje popular atribuye a los párrocos y predicadores el fin de dar la vida espiritual al miserable que de la misma está privado. Podemos decir, por tanto, que hasta el sentido común confirma que el fin del predicador es la prosecución del fin que el mismo Divino Redentor se proponía al decir: "Ego veni ut vitam habeant; et abundantius habeant."

Pero si el calificativo de "hombres de Dios," excita a los predicadores que lo llevan a mostrarse celosos por los intereses de Dios; si el oficio de evangelistas, en que consiste el ministerio de la predicación, obliga al orador sagrado a anunciar toda la "buena nueva," y únicamente ella, traída al mundo por Jesucristo, el pensamiento del fin al cual dirigen sus miradas los predicadores, ha de inflamarles en santa alegría, ha de llenarles de entusiasmo al eco de la voz repetida a su oído: "vosotros os proponéis el fin mismo del Hombre-Dios," "ut vitam habeant, et abundantius habeant," Y he aquí de nuevo demostrada la utilidad que al predicador puede resultar del recuerdo de la lección añeja: "*in omnibus respice finem*."

Nadie crea que pueda bastar al predicador un entusiasmo teórico. Poco ha hemos deplorado la ingratitud de quien no aprecia la altísima misión de ser cooperador de Dios en la propagación y conservación del género humano; ahora diremos que tampoco Nos satisfaría ver en un predicador solamente la complacencia que en él produce el parecido de su fin con el fin propuesto por el Divino Redentor. Tampoco Nos contentaría oírle ensalzando el privilegio de dar o acrecentar la vida del espíritu al prójimo; porque queremos ver en él un cuidado constante y un esfuerzo continuo en la imitación del modo con que el Mesías alcanzó el fin que se propuso al venir al mundo.

Nos enseña el Angélico Doctor que las cosas ordenadas a un fin son necesarias *sí y en cuanto* el fin no se pudiese conseguir sin ellas (Sum. Th. I, q. XIX); de donde se infiere que quien desea un fin, debe querer también todo lo que con el fin tiene conexión. Y ¿puede negarse que el predicador, para dar la vida del espíritu al prójimo, ante todo ha de hacer lo que con el propio objeto hizo la primera vez Jesucristo? El Divino Maestro durante su vida mortal anduvo siempre solícito de la gloria de su Padre celestial y de la integridad de la verdadera doctrina, puesto que a su Madre, que dulcemente le reñía por haberse quedado en el templo, habló de esta suerte: “¿no sabíais que debo ocuparme en las cosas de mi Divino Padre?”. Y llegado al término de su mortal carrera, rompió el silencio mantenido delante de los jueces, solo cuando el culto debido a la verdad exigía que El afirmase su ser, o sea, la condición de Hijo de Dios. Luego el predicador, siguiendo las huellas de modelo tan admirable, debe anunciar toda la verdad evangélica, en cualquier fase de su predicación, sin callar nada por consideración a la carne o por temor de males posibles. Jesús consintió en la momentánea separación de su Santísima

Madre y de su Padre putativo, porque, algunos años después, había de decir que había venido al mundo a fin de que los hombres tuviesen la vida: "ut vitam habeant,„ Jesús, que había guardado silencio al escuchar múltiples acusaciones contra El ante los tribunales, no toleró que su silencio pudiera hacer vacilar la fe de los discípulos, a los cuales había venido a dar la vida, y quería que la tuviesen abundante: "ut abundantius habeant,„. No de otra suerte el predicador, quien, no contentándose—pues sería harto poco—con ensalzar la semejanza de su fin con el del Divino Redentor, sino preparándose para imitar la manera como el Mesías logró el fin que se propuso al venir al mundo, ha de enderezar todo el ministerio de su predicación a la gloria de Dios para poder repetir con Jesús: "in iis quae Patris mei sunt oportet me esse,„ y ha de dirigir igualmente su ministerio al incremento de la vida espiritual de sus oyentes para poder decir otra vez con el Divino Maestro, con la elocuencia de los hechos más que con las palabras: "ego veni ut vitam habeant, et abundantius habeant,„.

No Nos entretendremos en mostrar qué significa en sentido positivo esta imitación de la forma como el Mesías alcanzó su fin: indiquemos mejor lo que exige en sentido negativo. Desde tal punto de vista excluye la posibilidad de que el predicador se proponga satisfacer la propia vanidad, o granjearse el calificativo de docto y letrado, o lisonjear los oídos del auditorio sin mover su corazón. Quien tal hiciera, probaría que no conoce, a lo menos en la práctica, el único y verdadero fin a que debe tender el predicador. Idénticas sospechas ofrecería el que no estuviese dispuesto a dirigir su palabra a toda clase de personas, sino que prefiriese las más cultas y aristocráticas, empleando con ellas un lenguaje excesivamente rebuscado y florido; mientras Jesucristo predicaba a las turbas, y para de-

jarse entender mejor de las mismas, usaba con preferencia el estilo sencillo y familiar de las parábolas. Lo propio ha de decirse de quien mira con desdén entretenerse con los niños y considera molesta la enseñanza del Catecismo, cuando Jesús no quiso que alejaran de El a los pequeñuelos. Y finalmente, se haría acreedor a la misma reprehensión quien quisiera evitar las incomodidades y huir de las fatigas que trae consigo el ministerio de la predicación, porque Jesucristo lo continuaba junto al pozo de Sicar, si bien "fatigatus ex itinere," (S. Joan., IV), y, para cumplir con su deber de maestro, marchaba animoso allá donde los discípulos le recordaban que los judíos querían darle muerte (S. Joan., XI).

Os ofenderíamos, oh hijos queridísimos, si insistiéramos ulteriormente en demostrar que quien desea un fin, ha de emplear los medios que más eficazmente conducen a la consecución del mismo. Ninguno de vosotros ignora la doctrina de Santo Tomás: "quanto aliquid efficacius ordinatur ad finem, tanto est melius," (II-II, q. CLII). Luego, si el fin del predicador no es distinto, aunque muy inferior por la excelencia del sujeto, del que se propuso el Divino Redentor al descender a esta tierra miserable, es evidente que el predicador, para conseguir su fin, no puede emplear medio más eficaz que la imitación de lo que el Redentor Divino obró para obtener el suyo.

Ciertamente, en esta imitación puede haber grados diversos: se infiere de las citadas palabras del Angélico, que hacen depender la mayor o la menor perfección de la obra de la eficacia más o menos grande de los medios empleados: "quanto efficacius... tanto est melius,". Esperamos, por tanto fundadamente que los oradores sagrados, señalados para anunciar la divina palabra al pueblo de Roma en la próxima Cuaresma, no se apartarán hoy de Nuestra presencia sin haber

antes formado el firme propósito de imitar siempre mejor el modelo de todos los predicadores, Cristo Jesús. Están dispuestos a presentarse al pueblo precisamente como embajadores de Jesucristo, y sabido es que el embajador representa la persona misma del Soberano que lo envía; pero ¿cómo podría el pueblo ver la persona de Jesucristo en un predicador que no predicara a la manera de Jesucristo? ¡Oh! sería de temer que el pueblo sospechase en tal predicador un fin diverso del que se propuso el Divino Redentor al venir a esta tierra.

Pero Nós anhelamos que todos los predicadores de Roma puedan con toda verdad hacer propias las palabras del Divino Maestro: "veni ut (homines) vitam habeant, et abundantius habeant.". Y el mismo augurio dirigimos a los párrocos de esta Ciudad Eterna, hoy aquí reunidos para ser Nuestra corona. En cierto sentido puede decirse que ellos han de apropiarse, aun más literalmente que los predicadores, las palabras "ut vitam habeant.", puesto que son los párrocos quienes con el santo Bautismo abren la fuente de la vida espiritual, y son también generalmente ellos quienes con la administración del sacramento de la Penitencia a los moribundos restituyen la vida de la gracia a los que la han perdido. Pero, aun prescindiendo de esta literal interpretación de las palabras "veni ut vitam habeant.", ¿no son por ventura los párrocos quienes, con la instrucción catequística en ellos obligatoria, abren la mente de los niños al conocimiento de la verdad evangélica? ¿no son los párrocos los que siembran en los corazones el amor al bien, merced al conjunto de exhortaciones, ejemplos y consejos, funciones del culto y demás obras buenas, que integran la vida parroquial? ¡Oh! plegue al Cielo que se reproduzca también en los párrocos la imitación del celo que tuvo Jesucristo por la salvación de las almas, y así en los pá-

rrocos como en los predicadores de Roma, sea fecundísimo en las gracias que Nós para ellos deseamos, mientras a unos y a otros concedemos con efusión de paternal afecto la Bendición apostólica.

SECRETERIA DI STATO DI SUA SANTITA

Dal Vaticano, die 17 Martii 1921.

Illme. ac Revme. Domine,

Tu quidem, una cum clero populoque tuo, pueris belli causa egentibus opportune tulisti opem, summam lib. ital. 17.349 in hanc rem ad communem Patrem reverenter mittendo.

Id, ut facile intelliges, acceptissimum accidit Sanctitati Suae, eo magis quod egregiam erga de amoris et obsequii significationem in ea re agnoverit.

Magnas igitur grates persolvit Augustus Pontifex cum tibi tum singulis oblatoribus, parvulorum quoque nomine, pro quibus Ipse caritatem omnium imploravit: ac divinorum copiam munerum a Deo vobis precatus, in eorundem auspiciis itemque ut paternae benevolentiae Suae pignus, Apostolicam Benedictionem tibi cunctoque clero ac populo tuis curis credito amantissime impertit.

Ego vero hac utor libenter occasione sensus existimationis maximae erga te meae profitendi, quibus sum et permanere gaudeo

Amplitudini Tuae Addictissimus P. C. GASPARRI.

Illmo. ac Revmo. Domino Juliano de Diego y Garcia Alcolea, Episcopo Salmantin.

S. S. BENEDICTO XV

Concede a España celebrar el 31 de Mayo, con Oficio y Misa propios, la fiesta de la Santísima Virgen medianera de todas las gracias.

Hispaniarum Dioecesium.

Emus, et Rmus. Dnus. Cardinalis Henricus Almaraz et Santos, Archiepiscopus Toletanus, vota quoque ceterorum Sacrorum Hispaniae Antistitum, a Ssmo. Dno. Nostro Benedicto Papa XV suppliciter petivit ut in cunctis Hispaniae Ecclesiis die 31 Maii sub ritu duplici majori celebrari valeat festum B. Mariae Virginis, Mediatricis omnium gratiarum cum Officio ac Missa propriis, quae Belgii Dioecessibus die 12 Januarii verentis anni concessa sunt, Sanctitas porro Sua, supplicia haec vota, ab infrascripto Cardinali Sacrae Rituum Congregationis Praefecto relata peramanter excipiens, festum B. Mariae Virginis Mediatricis omnium gratiarum, sub ritu duplici majori, cum officio et Missa propriis, die 31 Maii in cunctis Ecclesiis Hispaniae quotannis celebrandum indulgit, servatis rubricis. Contrariis non obstantibus quibuscumque.

Die 26 Januarii 1921.

A. CARD. VICO, *Ep. Portuen. Praef.*

ALEXANDER VERDE, S. R. C. *Secretarius.*

Hispani die 1.^a Martii 1921. Concordat cum originali.

HENRICUS CARDINALIS ARCHIEPIC.

Praeconizatus Toletanus.

Pontificio y real Seminario español de S. Francisco Javier

PARA MISIONES EXTRANJERAS

BURGOS

Certamen Misional entre Sacerdotes españoles

TEMAS

1.º Catecismo —con preguntas y respuestas— teórico y práctico de doctrina misional a base de la Encíclica “Maximum Illud,” de Benedicto XV y de la Pastoral de misiones del Excmo. Sr. Dr. D. Juan Benlloch y Vivó, Arzobispo de Burgos.

2.º Actuación histórica y organización misional presente del Clero secular en Europa y América; y necesidad de que el Clero secular de España coopere al movimiento misionero, no sólo despertando en el pueblo cristiano el entusiasmo a favor de las Misiones Extranjeras, sino también formándose en el Seminario de Misiones inaugurado en Burgos para la evangelización de los infieles.

3.º Procedimientos encaminados a conseguir la cooperación de todos los católicos españoles en la Gran Obra de las Misiones, y medios para fomentar la vocación de Misionero Apostólico entre el Clero secular de España.

4.º Importancia en España de la fundación de la Asociación titulada “Unión Misional del Clero.”

Bases de organización para el establecimiento de la Unión Misional del Clero de Europa y América, en contraposición a la Liga Misionera internacional de los protestantes.

CONDICIONES

1.ª Pueden tomar parte en este Certamen, todos y

sólo los Sacerdotes Españoles del Clero Secular y del Regular.

2.^a Los trabajos han de ser inéditos y estar escritos en lengua castellana.

3.^a Los concursantes remitirán sus trabajos al señor Rector, antes del 15 de Junio de 1921, ateniéndose estrictamente a la instrucción que sigue:

Los trabajos han de escribirse con letra muy clara, y por un sólo lado, en cuartillas (23 × 17 cm. como máximum) numeradas al margen y sin fecha, iniciales, ni firma, poniendo a la cabeza del trabajo, además del título, un lema y el número del tema para que se escribe.

A las cuartillas acompañará un sobre pequeño y cerrado, en cuyo exterior esté escrito el lema y que contenga una nota o tarjeta de visita con el nombre y apellidos del autor y lugar de su residencia.

Los sacerdotes que manden más de un trabajo, cuidarán de poner lema distinto y plica a cada uno.

4.^a Las obras para ser premiadas han de tener mérito suficiente y absoluto.

5.^a El fallo se dará a conocer en la asamblea misional que formará parte de las fiestas centenarias de nuestra Catedral.

6.^a Transcurrido un mes después de publicado el fallo, no se devolverán los trabajos originales, quedando éstos a disposición del Seminario de Misiones con facultad de imprimirlos o publicarlos si lo estima conveniente.

PREMIOS

Primer premio, 1.000 pesetas; segundo premio, 500, tercer premio, 250; cuarto premio, 250.

Notas.—1.^a Habrá también "accesits".

2.^a El trabajo que mereciere el primer premio será

impreso por cuenta del Seminario, entregándose al autor 500 ejemplares.

3.^a Los demás trabajos podrán imprimirse o publicarse a juicio del jurado.

JURADO CALIFICADOR

Muy Iltre. Sr. Dr. D. Emilio Rodero Reca, Canónigo Provisor y Rector del Seminario de Misiones.

Muy Iltre. R. Dr. D. Lorenzo Abaz Saiz, Canónigo Lectoral y Rector del Seminario de San Jerónimo.

Muy Iltre. Sr. Dr. D. Ricardo Gómez Rojí, Canónigo de la S. I. Catedral.

Sr. D. Francisco Bou, Rector del Seminario de San José.

R. P. Silverio de Santa Teresa, Prior del Carmen en Burgos y Director del *El Monte Carmelo*.

R. P. Antonilo Oraá, S. J., Rector del Colegio de "La Merced".

† JUAN, *Arzobispo de Burgos*.

Burgos y Febrero de 1921.

LISTA de los ancianos pobres agraciados con la limosna del ropón para la ceremonia del Lavatorio en el día de Jueves Santo.

Antonio Domínguez Iglesias, 79 años. La Purísima (Salamanca).

Gabriel Montejo Marcos, 76 años. San Juan de Sahagún (Salamanca).

Pedro Gallego Fernández, 76 años. La Catedral (Salamanca).

José Reyes Castro, 75 años. Alba de Tormes.

Pablo Hernández González, 74 años. La Purísima (Salamanca).

Manuel Sáez Hernández, 74 años. El Pedroso de Armuña.

José Bravo Andrés, 72 años. Calzada de Valduniel.

Luis García, 68 años. Nuestra Señora del Carmen (Salamanca).

Domingo Poveda Marcos, 66 años. La Catedral (Salamanca).

Marcelino de San Víctor, 66 años. Santo Tomás Cantuariense (Salamanca).

Dos ancianos del asilo de las Hermanitas de los Pobres.

Cooperativa de la Liga nacional de Defensa del Clero

Aprobados los Estatutos de la Cooperativa de trajes talares, sombreros, calzado y libros, fundada por la Liga nacional de Defensa del Clero, la Junta central comunica a las Juntas diocesanas, que ha llegado el momento de abrir la inscripción de los socios de la Liga que deseen pertenecer a la Cooperativa.

En su virtud, la Junta diocesana declara abierta la inscripción de los socios *fundadores* de la Cooperativa de la Liga con la cuota de *cinco pesetas* de entrada, en el término de tres meses, a contar desde el 1.º de Abril al 30 de Junio. Pasado este trimestre, los sacerdotes que pudiendo haber ingresado antes no lo hicieron, tendrán que abonar *diez pesetas* de entrada, por cada año que lleve funcionando la Cooperativa, según se previene en el art. 4.º de los Estatutos de la misma.

Condiciones para poder ingresar en la Cooperativa

1.ª Ser socio de la Liga nacional de Defensa del

Clero. 2.^a Solicitarlo a la Junta diocesana. 3.^a Pagar la cuota de entrada de cinco pesetas.

Los seminaristas sólo pagarán una peseta; las Comunidades religiosas de varones, 50 pesetas; las religiosas de clausura 15 pesetas, y 25 pesetas todas las demás; art. 3.^o de los Estatutos

Salamanca, 1.^o de Abril de 1921.—*El Presidente.*

BIBLIOGRAFÍA

LA FRATERNIDAD CRISTIANA.—Conferencias pronunciadas durante la Cuaresma de 1921 en la iglesia parroquial de San Ginés, de Madrid, por el M. I. Sr. Dr. D. Rogelio Chillida, Magistral de Valencia.—Madrid, 1921.

Extraordinaria resonancia han tenido este año las conferencias cuaresmales que vienen dándose en la citada iglesia, a cargo de los más prestigiosos oradores sagrados de España.

El conferenciante ha sido en el año actual el sabio Magistral de Valencia, que ha desarrollado el tema que encabeza estas líneas. La palpitante actualidad del asunto elegido y, sobre todo, la profundidad, la notabilísima originalidad con que lo desarrolló, la soberana elocuencia, la belleza de estilo y demás cualidades de fondo y forma, atrajeron hacia el Magistral de Valencia la atención, la admiración unánime de los millares de distinguidos oyentes que ávidos le escucharon.

«Palabra elocuente y llena de luz, profundidad en los conceptos, claridad en la exposición, argumentación sólida e irrefutable, sobriedad y elegancia en el estilo: unción en el espíritu que lleva la convicción a la inteligencia por los caminos de la persuasión y del sentimiento, he aquí a grandes rasgos la maravillosa oratoria del Sr. Chillida». Así hablaba *La Lectura Dominical*, y en parecidos tonos se expresaron todos los periódicos de la Corte que reseñaron las conferencias.

Hoy aparecen éstas en un elegante volumen, que sin duda será para los oradores sagrados, conferenciantes, propagandistas sociales, para el clero y para todos los católicos, arsenal de conocimientos y observaciones de actualidad, utilísimo en estos momentos de lucha y de agitación en los espíritus.

La obra forma un volumen en 8.º mayor, y se vende en todas las librerías de España y en casa del editor D. Bruno del Amo, Toledo, 72, Madrid.—Precio, 4 pesetas.

RECORDATORIOS DE DIFUNTOS

Una colección de 20 modelos acaba de publicar la casa editorial Luis Gili, de Barcelona, artísticos, litúrgicos y originales. Los asuntos seleccionados para esta serie son debidos a artistas de los más famosos, y muy adecuados a la piedad de los fieles; para hacerlos en un todo litúrgicos han sido sobriamente ornamentados, completando el conjunto con inscripciones lapidarias latinas, dictadas por la fe de los primitivos cristianos, que despiertan en el alma sublimes afectos de resignación y conformidad.

Son recordatorios de doble hoja, de 63 × 124 mm., muy bien impresos en espléndido papel *couché*. Precios: Ptas. 9 el ciento y Ptas. 80 el millar.—(Luis Gili, Editor, Apartado 415, Barcelona, Córcega, 415).

NECROLOGIA

Ha fallecido en la diócesis de Ciudad-Rodrigo, don Deogracias González García, Párroco de Atalaya.

Pertenecía a la Hermandad de *Sufragios espirituales del Clero* y tenía acreditado el cumplimiento de las cargas, por lo que los señores socios se servirán aplicar una misa y tres responsos por el alma del finado.

También ha fallecido en esta diócesis el Párroco jubilado de Valdecarros, don Luis González Huertos.
R. I. P. A.

SALAMANCA.—Imp. de Calatrava, a cargo de Manuel P. Criado.